

Los días de don Ricardo



Francisco
R. Bello

La Ilíada fue hecha para cantar la gloria de Aquiles —“Canta, oh Musa! la gloria de Aquiles Peléyade”—, pero a medida que el episodio histórico se desenvuelve, las simpatías del lector se van inclinando decididamente hacia Héctor, el héroe troyano del tremolante casco. Aquiles se mueve sobre la base de sus conflictos personales. Cuando lo llaman para la guerra, se disfraza de mujer, con el propósito de no interrumpir sus amores con Deidamia; luego abandona a sus compañeros de armas en la fase más crítica de la lucha, porque le quitan a Briseida; regresa a la pelea para vengar a Patroclo, con quien lo une una amistad confusa y, por último, profana sin necesidad el cadáver de Héctor.

En cambio, Héctor defiende la integridad de su patria, aunque ha reprochado a Paris el rapto de Helena; cuando se decide a aceptar el desafío de Aquiles, sabe, como diría Borges, “que va al muerte”; la forma como se despidió de su mujer y

de su hijo, ha de sobrevivir a Grecia y, por otra parte, está más cerca de nosotros, porque no sé en virtud de qué complicaciones genealógicas, los franceses afirman ser sus descendientes. Además, Helena bien vale una guerra de diez años y en el segundo Fausto personifica la eterna belleza.

En “Los días de don Ricardo Jiménez, que acaba de publicar don Eugenio Rodríguez Vega, sucede lo mismo con Ricardo Jiménez y con el general Volio. El libro está escrito para exaltar la figura del “Brujo del Irazú”, pero las simpatías del lector se van inclinando hacia la del general Volio e incluso, como sucede con Homero, parece advertirse que el propio autor prefiere al héroe vencido.

Es que en el corazón del ex-Contralor General de la República, hay escondido un humanista y un romántico. No obstante su cautela, el ahora “Magnífico Rector”, a medida que progresa en las páginas fluidas y brillantes de su obra, se va convirtiendo en prisionero del personaje marginal, para colmo de males, general y sacerdote!

No sé si en pleno sesquicentenario de la Independencia, se le puede perdonar a un forastero que diga que la historia de la patria costarricense empezó en 1856, con la guerra a los filibusteros, pero ya lo dije. La libertad de pensamiento debe existir no sólo en materia política, sino también en materia histórica, aunque hay quien dice que en

Costa Rica no hay libertad de pensamiento, que en Costa Rica hay que ser libre pensador. Pero lo cierto es que a partir de 1856, cuando el labriego transformó el acero de su arado en arma de matar y de morir, la patria de Juanito Mora adquiere su proyección fundamental. La sangre derramada en Santa Rosa y en Rivas y en la campaña del Tránsito, no fue derramada en vano ni se perdió en la selva ni en el río. Circula hoy, vivificante, en las arterias del ciudadano desapercibido que pasea su aparente bonhomía por las calles de Tiquicia.

Braulio Carrillo y Castro Madriz, son precursores de la nacionalidad costarricense, pero el tico de ahora surge después del 56, con gobernantes que se llaman Tomás Guardia o Rafael Iglesias o Ricardo Jiménez, y este último, que ya pertenece a la historia, el que surge de las páginas constructivas de Eugenio Rodríguez Vega con las características del arquetipo cuyo genio e ingenio pasó por Costa Rica, como diría Omar Dengo, derribando selvas de sombras.

La misión de la Universidad es, precisamente, “derribar selvas de sombras”. La tarea no es fácil, porque las sombras vuelven y hay cerrazones en el horizonte, pero quien escribió este libro sobre Ricardo Jiménez ha demostrado, con su pluma, que conoce, como sus ilustres predecesores, el camino de la luz.